



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

## DOCUMENTO 10

### La sombra de la sombra

Este documento reúne un texto desconocido de Martín Luis Guzmán titulado “El general Roberto Cruz”, un extracto de su obra *Filadelfia, paraíso de conspiradores...*, y el prólogo hecho por Martín Luis Guzmán para la versión cinematográfica de su obra *La sombra del caudillo*, cuyo estreno aún se espera.

## La sombra de la sombra

Un texto desconocido de Martín Luis Guzmán

### El general Roberto Cruz\*

*Esta crónica, escrita hacia 1928, que Martín Luis Guzmán no recogió en ninguno de sus libros y constituye en cierto modo un apéndice de La sombra del caudillo, apareció en el número 6 (septiembre 1931) de La Antorcha, la revista que editaba en París José Vasconcelos. La desenterramos ahora que ha muerto su autor y coincidentemente acaban de publicarse las Memorias del propio general Cruz.*

Cuando se escriba la historia de la presente etapa política mexicana —la que ha de llamarse “Etapa Obregón—Calles”—, pocos personajes lograrán mayor relieve que el general de brigada Roberto Cruz. Grande, en efecto, como ya nos parece por sus hechos este ilustre sostenedor del callismo, es inconcuso que sus calidades de ciudadano y de hombre alcanzarán, en la acumulación de sucesos que hace la perspectiva del tiempo, esos límites del horizonte moral en cuyo radio nadie escapa a la caricia de la fama. Puede la Historia —y aun quizás deba— olvidar el nombre de todos o casi todos los colaboradores del general Calles, dejándole a él, poco menos que íntegro, el mérito de la obra gubernativa de que tanta ventura espera en estos días el pueblo mexicano. Pero es seguro que el nombre del general Roberto Cruz —lo contrario sería injusto— la Historia no lo olvidará: a la inversa, lo recordará más ahincadamente y más apasionadamente que el nombre del jefe.

El general Cruz —como la mayoría de los generales revolucionarios de México— es un joven general. Desprovisto totalmente de cultura, ha debido seguir para encumbrarse el azaroso camino de las proezas personales. Es, en cierto modo, un héroe de la acción —de la acción pura, de la acción ajena por

\* Revista *Proceso*, núm., 9, 1 de enero de 1977.

entero al concurso de la inteligencia o el sentimiento cultivados por el contacto de las formas superiores de la civilización humana. Sus semejantes en género heroico ya que no en especie, hay que buscarlos entre otros grandes tipos revolucionarios, tales como Francisco Villa (descontado el genio guerrero) o como Rodolfo Fierro (descontada la grandeza épica). Sólo que, a diferencia de éstos, la peculiar capacidad heroica del general Cruz no es de evidencia inmediata. Villa y Fierro estaban esencialmente en sus obras, más también en el aura de su personalidad física: bastaba verlos para identificarlos. No así Roberto Cruz, de cuya trayectoria en la vida nada cierto se diría sin el catálogo pormenorizado de sus actos. ¿Creería nadie que este mancebo de fino trazo muscular, de rostro casi imberbe, de voz afeminada, es capaz de una siquiera de las hazañas que ya ilustran su nombre?

Porque así como el callismo es inconcebible sin un gobernante de indole tan extraordinaria como la del general Calles, así también sería imposible imaginar tal sistema político sin el concurso de un auxiliar de idiosincracia tan poco común como la del general Roberto Cruz. Este es para el general Calles lo que Rodolfo Fierro era para el general Villa: dócil intérprete y rápido y eficaz ejecutor de la íntima voluntad de su jefe, de su voluntad suprema. Lo que basta para comprender que el general Cruz, como Rodolfo Fierro, pertenece al linaje de los héroes resueltos y valerosos, los únicos de suficiente estatura para responder a voluntades como la de Calles y Villa. Sin su valor temerario, sin su desprecio de toda responsabilidad ante Dios y ante los hombres, ¿cómo hubiera podido Fierro cumplir siempre las órdenes de Villa? Sin su valor a toda prueba, sin su noción de que el bien y el mal terminan en los ámbitos del callismo, ¿cómo podría el general Cruz realizar la parte que a él le toca en la empresa política del general Calles?

Bien ganada tenía su fama de héroe y de valiente cuando el actual Presidente de México resolvió hacer de él más apto instrumento de su régimen "reconstructivo y democrático". Nada menos en esos días acababa de vérselo —durante alguna de las magníficas batallas contra los partidarios de Adolfo de la Huerta— derribando con su propia mano a más de cuarenta oficiales y soldados del ejército enemigo en derrota. Deshechas por el empuje de las tropas de Obregón, las huestes delahuertistas huían a todo correr por la llanura —ya sin coraje, ya sin armas, ya sin aliento—, y tras ellas, al galope nervioso de su caballo de gran jinete a la mexicana, el general Cruz, infatigables el brazo y el índice iba dejando la huella —reguero de cuerpos humanos— de su revólver certero e invencible. Eso no obstante, no cabe dudar que desde entonces la obra y la fama del general Cruz, aunque ya hechas, se han acentuado, han crecido en intensidad y en calidad.

Su primer gran acto de colaborador de la política del general Calles —casi al día siguiente de que se le nombrase Inspector General de Policía— consistió en librar a la capital de la República de la turba de rateros y delincuentes me-

nores que la infestaban. Los pequeños robos y demás delitos de poca monta —perpetrados por criminales modestos, por criminales libres no afiliados a la Crom ni al partido gobernante— molestaban a Calles hasta sacarlo de quicio: eran una mancha injustificable dentro del marco moralizador de su programa gubernativo. Pero ¿cómo acabar con eso, si en el acto se tropezaban con las lentitudes y garantías de la ley, hecha por hombres cultos y para un pueblo libre? El general Cruz encontró la fórmula —fórmula breve, rápida, providencial: a las pocas horas de estar presos, los delincuentes dieron en suicidarse en los sótanos de la Inspección, y todos ellos, cosa extraña en suicidarse con pistola automática calibre 45.

Y fue de allí de donde la gran obra del general Cruz tomó pie. De los pequeños criminales del orden común, la eficacia de sus métodos pasó a ser utilísima aplicada a los trastornadores de la paz y de la buena marcha política. Los sótanos de la Inspección empezaron a cobrar fama por sus virtudes pacificadoras y tranquilizadoras. Palideció el remoto prestigio de la Cheka, el de Dzerjinski. Si bien para los criminales políticos el sistema hubo de sufrir leves variaciones según los casos. Algunos de los hombres que comprometen la presente paz de México y su inalterable felicidad hacían recientemente en los Estados Unidos la pintura de ese sistema infalible. Pintaban al joven Inspector de Policía bajando a los sótanos de la Inspección —allí donde los políticos presos permanecen tres y cuatro días justicieramente colgados por las manos a las argollas empotradas a la pared. Llega —decían— el general Cruz armado de su pistola heroica, y hasta ahora no ha habido malhechor que no le confiese la verdad de su crimen, por lo menos la verdad necesaria para que primero Cruz y luego Calles adquieran el convencimiento de la culpa y sentencien al reo y lo ejecuten. ¡Cuántos criminales políticos no han desaparecido ya así para bien de México y de su actual gobierno! No cientos, sino miles, aseguraba José Elguero en sus declaraciones al *New York Times*. En todo caso, es un hecho —quienes lo han visto lo aseguran— que la pistola del general Cruz tiene la extremidad del cañón roída por el uso, pues los criminales políticos, atados por las manos a la pared, tienden a defenderse de la pistola, que les castiga el rostro, mordiéndola desesperadamente, tal es su perversidad. Alarde, por lo demás, vano siempre: el general Cruz espera con paciencia a que los dientes del preso se desportillen contra el fino níquel de su arma y sigue después su misión de justicia.

Días pasados se presentó al general Cruz la ocasión de consumir el acto más notable de su carrera de ciudadano, de militar y de político. Se trataba de los presuntos autores del atentado dinamitero contra Obregón, es decir —considerando que México no le debe a Obregón más que beneficios— del mayor crimen hasta hoy cometido en tierra mexicana, donde nadie se ha hecho nunca justicia por sí mismo, ni a nadie se fusila —ejemplo típico el del general Serrano y sus trece acompañantes— sin estricto apego a los imperativos morales, ya que a veces no a la ley. En los sótanos de su oficina el general Cruz tra-

bajó activamente, y en unas cuantas horas obtuvo —cuatro criminales más mordieron con furia el cañón de su pistola— las confesiones de los presuntos dinamiteros. Confesiones concluyentes, tan concluyentes que habría sido infantil perder el tiempo en fiscales, en defensores, en testigos, en jueces, en jurados y otras zarandajas que estorban la pronta acción de la justicia. El general Cruz informó al general Calles del resultado de sus investigaciones y éste dió la orden de rigor. A las diez de la mañana del otro día fueron pasados por las armas, en el jardín del palacio que ocupa la Inspección General de Policía, los cuatro presuntos criminales: el sacerdote católico Miguel Agustín Pro Juárez, a quien se suponía instigador del delito, D. Humberto Pro Juárez, hermano de quien se suponía que instigo, el ingeniero Luis Segura Vilchis, a quien se atribuía haber fabricado la bomba, y Antonio Tirado Arias, a quien no se sabe exactamente lo que se atribuía. Ahora el pueblo mexicano —por una de esas aberraciones tan frecuentes en los pueblos que no comprenden a sus gobernantes egregios— vive en la duda si serían esos, en efecto, los autores del crimen contra Obregón, crimen de lesa patria, y ha dado en llamarlos, no “criminales”, como los que ordenaron el fusilamiento tras breve conciliábulo en la sombra, sino “mártires”. “¡Vivan los mártires!”, gritaba la multitud que seguía por las calles el desfile de los cuatro ataúdes. Pero esto, de cualquier manera, no rebaja, la grandeza del general Cruz ni la amplitud de su hazaña. Con eso o sin eso hace tiempo que tiene ganado, como los bravos, su sitio en la Historia y en la leyenda, y como él, el general Calles.

## **Axkaná González en las elecciones \***

### I

#### **BATALLA ELECTORAL**

La víspera de las elecciones, a las nueve de la noche —era al mediar la tercera década de este siglo—, Axkaná González, candidato a diputado por el 5º Distrito de la ciudad de México, consideraba su causa poco menos que perdida. Teódulo Herrera, primero entre sus contrincantes, había logrado apoderarse de los documentos necesarios para la confección del expediente electoral, y

\* “Axkaná González en las elecciones”, en *Filadelfia, paraiso de conspiradores y otras historias noveladas*, (1960).

Axkaná, pese a sus enormes esfuerzos de última hora, no conseguía reunir aún gente aguerrida con quien asaltar al otro día las mesas de los comicios y adueñarse, a su vez, de los tales papeles.

Sobre esto meditaba el candidato en su club político de la calle de Guerrero —mientras, a su alrededor, amigos y partidarios seguían aprestándose a la lucha— cuando la presencia de otro amigo, que venía a saludarlo y a ofrecerle ayuda, lo quitó de sus cavilaciones y le reavivó la esperanza. Porque el recién llegado —estudiante de medicina, veracruzano, bullicioso— realizaba el tipo del hombre útil en los trances de grande aprieto. Era practicante en la comisaría de la Primera Demarcación, por lo que andaba siempre al habla con sujetos capaces de todo, y derrochaba, además, cierta inquietud risueña donde lo difícil se convertía en fácil.

Axkaná lo llevó aparte, le contó sus temores y sus planes, y luego sostuvo con él una conversación que fijó varios puntos de importancia. Se definió, primero, que el joven veracruzano conocía a un tal don Casimiro, personaje famoso y cumplidor, que justamente buscaba entonces, para sí y su cuadrilla, empleo electoral; se convino, después, que don Casimiro, como pocos, valía para las más arriesgadas empresas; y se concluyó, al fin, que de no ser él, nadie podría en tan corto plazo movilizar el ejército veterano que urgía para la mañana siguiente. En suma: que el estudiante salió a brincos en demanda de su hombre, y, pensando en este último, Axkaná quedó resuelto a tomarlo como palanca suprema.

\*\*\*

Fue un hecho que dos horas después, al presentarse don Casimiro en el Club Radical Progresista de la calle de Guerrero, no hubo, entre los presentes, quien no creyera estar viendo pasar bajo el dintel de la puerta a un futuro paladín de las lides democráticas.

Todo en don Casimiro revelaba personalidad de primera magnitud y a leguas lo caracterizaba como a uno de los más esforzados habitantes de la llamada Colonia de la Bolsa. Traía chaqueta negra sobre camiseta deportiva azul, pantalón gris a rayas, zapatos de charol y sombrero café, entre tejano y mexicano, de pelo largo, cinta negra y galón de oro en el borde. Su extraordinario valer acabó de manifestarse en sus movimientos. La modestia con que se descubrió al advertir la mucha gente que lo veía no fue de índole servil o torpe, sino modestía a lo gran señor: don Casimiro puso en su gesto un toque de dignidad evocadora de méritos y proezas heredados por linaje, y luego, conforme anduvo hacia la pieza contigua, el aire de su paso demostró que no le era ajena la solemnidad de los negocios ni lo cohibía el trato de las personas de altura.

Que don Casimiro era también hombre inteligente, no tardó en traslucirse. Tres palabras le bastaron para comprenderlo todo, y eso, pese a que su aten-

ción, mecánicamente acaso, divagaba: mientras Axkaná y el estudiante le exponían el punto, parecía interesarse él, más que por las explicaciones, por el alfiler de perlas y brillantes y por la cadena de oro y platino que el candidato lucía sobre el pecho. Con notable precisión de lenguaje y rara congruencia de ideas dijo en seguida:

—Todo en estas bolsas, mi jefe, es asunto de dinero y de unos cuantos ciudadanos de buena voluntad. Si ahorita me entrega usted cien pesos, yo me comprometo a traerle mañana en la madrugada cincuenta o sesenta compañeros con los que le garantizo el triunfo... Son de los buenos, de los entendidos, mayormente en borucas y papeles electorales... Nomás que, sin ofender (y porque la paz de los negocios nace de las avenencias claras), tenemos que echar por delante las condiciones del trato. El patrón tiene que comprometerse a gratificarnos bien, a dejarnos un poco de manos libres y a protegernos contra los gendarmes y demás autoridades constituidas, digo, en caso de que el resultado del trabajo así lo exija... En cuanto a mi reputación, a mí no me toca alabarla. Aquí el doctorcito le dirá a usted si soy cumplidor, o si se sabe que alguna vez haya yo fallado a mis principios de hombre de palabra.

Axkaná dijo a todo que sí, y el pacto se cerró en firme con la entrega de los cien pesos.

Mientras se distribuía las monedas entre los muchos bolsillos de su ropa, don Casimiro miraba a sus dos interlocutores sonriente y satisfecho. Acababa de concertar una operación pingüe y de firmar la escritura.

\*\*\*

Al otro día, a primera hora, Axkaná se sintió sobrecogido de terror. No temblaba por él, sino por las vidas y propiedades de los electores: la tropa de don Casimiro, más y más imponente según la veía venir desde lejos, terminó infundiéndole positivo pánico cuando el jefe la formaba y aleccionaba en el patio del club, aún medio vacío. Eran cincuenta y cinco individuos auténticamente originarios de la Colonia de la Bolsa, cincuenta y cinco seres —la tenue luz del alba los envolvía— sugeridores de lo peor: tipos extraños, supervivientes de no se sabía que época y cuya súbita reunión amenazaba concertar en un solo instante todas las calamidades y fuerzas descivilizadoras con que la sociedad mexicana había venido luchando durante centurias.

—Ya lo saben, hijos— peroraba don Casimiro frente a la triple fila de sus hombres—: el patrón nos da manos libres; pero nomás no olviden que encima de todo está el deber electoral. Estas elecciones vamos a ganarlas como los buenos. ¿Me entienden, hijos? Sí me entienden: a lo hombre. Y no hay gendarmes que valgan, ni de a pie ni de a caballo. Estamos al margen de la legalidad: el patrón lo dice y lo cumple.

La tropa se agitaba con mudos vaivenes de asentimiento; se encendía en fugaces resplandores de miradas furtivas.

Frente por frente de ella, la otra tropa —la que Axkaná hizo reclutar antes por conducto del Chato Menéndez, su agente electoral— se aglomeraba intrigada y medrosa. Los sujetos que la formaban se sentían minúsculos junto a sus nuevos aliados: les examinaban el rostro; les escrutaban el alma, perceptible tras el mirar huidizo de ojos esquivos, y no se cansaban de admirarles el indumento. Los hombres de don Casimiro traían sombrero de palma sin ala o sombrero de fieltro sin copa: rodetes diminutos, alas estrechas, dentadas, o recogidas por un cordón en hilván. Las camisetas, pardas o de rayas transversales —pura mugre—, se les untaban sobre el torso rechoncho y el vientrecillo gorduzuelo. Las fajas, rojas, con estrías negruzcas, les caían hasta las ingles. Los pantalones, de charro, de casimir plumizo o incierto, con anchas cejas en las costuras exteriores se les quebraban en infinitas arrugas, sucesivas hasta el tobillo. Ninguno traía zapatos: dentro de los huaraches sebosos —de muchas tachuelas de cobre y de correaje y corte de fantasía— sus pies, cenicientos, eran uña y carne con el suelo.

\*\*\*

Avanzó la mañana, y se produjeron los primeros incidentes de la lucha electoral. Y allí se vio luego que la banda de don Casimiro se mantenía a la altura de su apariencia. Axkaná, que desde el principio se sintió poseído de la pasión batalladora, fue conociendo, casi desde el principio también, la alegría del triunfo. Vio cómo su candidatura ganaba terreno, cómo se imponía, gracias, sobre todo, a sus aliados de la Colonia de la Bolsa, junto a los cuales sus otras tropas, las que mandaba el Chato Menéndez, palidecían hasta perderse. El denuevo de don Casimiro y los suyos era irresistible; Axkaná, insensiblemente, acabó no teniendo alma sino para mandarlos y admirarlos, como un capitán aguerrido manda y admira legiones valerosas. Y de tal suerte vino a entregarse el candidato a esa nueva inclinación, que dos o tres veces tuvo la sorpresa de sentir que le nacía cierta ternura, algo como brotes de amor fraterno, por aquellos siniestros ciudadanos reñidos con el Código Penal, pero heroicos como nadie en el cumplimiento de sus deberes cívicos.

Porque ni uno solo, claro está, de los sesenta mil habitantes del 5° Distrito de la ciudad de México se tomó el trabajo ni los riesgos de salir de su casa a depositar el voto en las ánforas —igual que tampoco lo haría ninguno de los habitantes de los otros 259 distritos de la República—; por donde el acto democrático del sufragio quedaba reducido a la simple rivalidad entre grupos mercenarios. De un lado estaban las partidas de Axkaná González; del otro, las de Teóduo Herrera, y entre ellas dos, las que mandaban, menos numerosas pero no más cultas, los candidatos Francisco Venegas y Gilberto Urquiza, todas de igual significación pública que la pandilla del Chato Menéndez y la cuadrilla de don



Casimiro. Más eso mismo comunicaba al acontecimiento cívico su verdadero sabor, su contenido profundamente nacional. Como fondo del paisaje político se ensanchaba la abstención popular más completa, la indiferencia total del conjunto ciudadano, la renuncia a la dignidad de gobernarse a sí mismo. Como entidades activas, como agonistas del drama electoral, primaban la barbarie, la mentira, la violencia, todo ello en el 5° Distrito de la capital de la República y bajo la mirada de la cúpula, por algo a medio hacer, del Palacio Legislativo.

Unas veces eran las bandas de Teódulo Herrera las que hacían incursiones escandalosas por las calles teóricamente adictas a la candidatura de Axkaná. Otras, al revés: don Casimiro y su gente, a bordo de seis u ocho automóviles, invadían por sorpresa la hipotética jurisdicción de Teódulo, o la de los demás candidatos. Unos y otros, de ser posible, arrasaban con cuanto se les ponía delante.

El primero de aquellos asaltos cívicos turbó y avergonzó a Axkaná: se sintió protagonista, se sintió responsable; tuvo un asco fugaz que desde el fondo del alma lo impulsaba a desistir. Pero, casi a la vez, se hizo cargo de lo absurdo de tal sentimiento si se le conjugaba con la propia realidad que lo producía, pues así se demostraba cómo, pese a su forma, las llamadas elecciones no carecían de objeto y sentido en aquella hora de México. Y a partir de allí redobló el ardor y la audacia indispensables en la dirección de la contienda.

La lucha no era de votos: lo era de garrotes y pistolas, de chavetas y puntas, que se medían en la amenaza, cuando no en el hecho. Los cuatro contendientes buscaban ventajas materiales, cual si la pugna política fuera, cuerpo a cuerpo, una riña de donde dependieran futuros derechos indiscutibles, saldo ahora de cada choque de la fuerza bruta. De ahí que todos, empleando iguales armas, pelearan con igual furor. Pero la turba de Axkaná, mejor manejada y más resuleta, obtenía, uno tras otro, envidiables triunfos. Frente a los criminales natos de don Casimiro, el arrojó de las otras chusmas flaqueaba, ya que si los aliados de Axkaná eran, respecto de las fuerzas de Teódulo, inferiores por el número, empleaban en cambio métodos novísimos en la realización de los fines electorales: desarrollaban una estrategia y una táctica sin precedente en la historia de los comicios. Cuando un enemigo caía en sus garras, más aún si era del género *catrín*, se aplicaban escrupulosamente a desvalijarlo, con lo que, aparte los documentos electorales —cuya conquista era el solo propósito de Axkaná, y en lo cual los de la Bolsa cumplían como buenos—, a éstos la batalla les producía considerable número de carteras, relojes, pañuelos, alfileres, y hasta una que otra prenda de ropa que, al desaparecer, hería a los contrarios pero que de muerte. Para eso había pedido don Casimiro “un poco de manos libres.”

En cierto momento, a la entrada de la calle de Sadi Carnot —se tupía entonces la batalla en el auge de su furia—, Axkaná vislumbró por el suelo un

grupo donde cuatro o cinco de los suyos forcejeaban con uno de los líderes rivales. A ellos se acercó. Los compañeros de don Casimiro tenían ya bien asido al partidario de Teódulo: dos lo despojaban de los gemelos de la camisa; otros le andaban por los pies, y, mientras tanto, el vencido, en tierra la espalda, vociferaba con toda la sonoridad de la impotencia.

—¡Señor González! ¡Don Axkaná! —gritó el teodulista al reconocer al candidato contrincante.

—¿Qué pasa? —preguntó Axkaná, a la vez que advertía como los de la Bolsa continuaban atentos a su oficio.

—¿Cómo que qué pasa?! —rugió la víctima—. Pero ¿no lo ve usted?! ¡Parece mentira que cosas así las autorice un posible diputado? Comprendo que me quiten los papeles, don Axkaná: mas ¿quiere usted explicarme por qué me roban los botones y las ligas, y me están dejando hasta sin calcetines?

Axkaná se dio entonces cuenta de lo que en efecto ocurría: sus aliados desnudaban al líder enemigo. Pero sin gran esfuerzo reprimió el impulso a reprenderlos (días después se ruborizaría recordándolo; le parecería totalmente increíble), y se concretó a decir, mientras pasaba:

—¡En la guerra, como en la guerra!

Guerra, en verdad, que no otra cosa, figuraba todo aquello. A lo mejor se oían disparos, sonaban ayes, iban a guarecerse en los quicios de las puertas los infelices a quienes alcanzaban las balas, los garrotes, las chavetas, las puntas. Cada media hora regresaba al club de Guerrero, precipitada y victoriosa, la falangue de Axkaná. En los autos venían urnas, cédulas, padrones y aun las propias sillas, bancas y mesas de la casilla electoral arrasada. Acontecía, también, que tras los vencedores vinieran persiguiéndolos los vencidos. Entonces el cacarear del *claxon* atronaba el aire, brillaban al sol, por sobre las capotas de los autos, los cañones de las pistolas, se cerraban las puertas huía la pobre gente pacífica.

En uno de esos contraataques, el furor democrático de los teodulistas cobró tal empuje, que se tuvo por inevitable la caída del club de Axkaná en manos de los enemigos. Parte del ejército gonzalista volvía en derrota, y ya no en coche, sino a pie. Era la fracción que capitaneaba el estudiante veracruzano, el cual, aunque armado con descomunal revólver, venía, a todo correr, al alcance del fuego enemigo y con su tropa dispersa. Los disparos le restallaban a retaguardia, pero él apuntaba hacia adelante —no sabía por qué— mientras a uno de sus soldados, que le llevaba alguna delantera, le ordenaba enérgico —tampoco habría sabido decir por qué:

—¡Párate, muchacho! ¡Párate, muchacho!

Traía pánico.

Había acontecido que los otros tres candidatos acababan de concertar sus fuerzas y a una se abalanzaban sobre el cuartel general de Axkaná. Ya no los movía tan sólo el ansia de la gloria democrática y la reconquista de los papeles electorales, sino también el dolor de las prendas perdidas: buscaban sus dijes, sus anillos, sus corbatas, sus sombreros, clara la noción de que la lucha, empezada con fines políticos, terminaba sin otro resorte que el instituto y el derecho de propiedad.

Pero Axkaná, el Chato Menéndez y, más que ellos juntos, don Casimiro, maniobraron en tal forma, que sus cohortes deshicieron al fin el contraataque, aunque no sin graves pérdidas para ellos y para las casas inmediatas. Los daños se multiplicaron porque el enemigo acudió a los recursos de la desesperación: quiso valerse de un tranvía para acercarse a cubierto hasta la propia puerta del club. La gente de don Casimiro lo advirtió, y entonces la ansiedad y fuga de los viajeros, cogidos entre la arremetida de unos y de otros cuando todos luchaban por el dominio del *trolley*, aumentó la confusión del combate y sus estragos. El tranvía, por supuesto, quedó hecho trizas.

Aquel episodio fue el último importante en la jornada. Las elecciones habían concluido.

## II

### TREGUA EN ARMAS

Esa noche el Partido Radical Progresista proclamaba a todo tambor, clara entre otras muchas victorias, la de Axkaná. Decían los enterados del centro directivo, en su prosa sintética y boletinesca: “Capital de la República — Quinto Distrito — Ganadas: todas las casillas, sin excepción ninguna.” Y si alguien, en demanda de más informes, se acercaba a la mesa del secretario, éste prorrumpía entusiasta:

—¡La victoria de Axkaná ha sido rotunda y definitiva como todas las nuestras! ¡El partido se siente orgulloso de él!

Entretanto, en las oficinas del Partido Obrero Nacional se celebraba el mismo suceso, sólo que interpretado al revés. Allí el vencedor indiscutible era Teódulo Herrera, y su proeza democrática, también entre una larga serie de otras muchas, la cantaban los pizarrones en términos análogos a los del enemi-

go: “Capital de la República — Quinto Distrito — Ganadas: todas las casillas con mayoría aplastante.”

Los obreristas, sin embargo —juzgadas las cosas a la luz del bando opuesto—, no tenían razón. ¿Cómo habían de tenerla si en el terreno de las realidades democráticas, casi todas las ventajas habían correspondido a Axkaná? Sus turbas habían asaltado, conquistado y conservado la mayoría de las mesas; documentos y papeles estaban en su poder, y ahora, preparado así, el candidato podría instalar mejor que nadie una junta computadora legal en apariencia.

Pero como, de acuerdo con la teoría, la contienda debía ganarse con votos, no a golpes, y de votos no hubo uno solo que lo pareciese, Teódulo Herrera no se consideraba vencido. Lejos de ello, sentía y obraba como si razonara en estos términos: “Si el pueblo soberano hubiese votado, me habría elegido a mí; es así que no hubo votos, luego yo debo declararme vencedor”; razonamiento, ha de convenirse, que no carecía de fuerza lógica si se estima que Teódulo, buen candidato mexicano, sustentaba raras convicciones en cuanto al imperativo cósmico de su triunfo, convicciones incommovibles, imperecederas.

\*\*\*

Esta actitud del obrerismo del Quinto Distrito, rebelde ante la victoria de los rivales, se acentuó, un día después del acto electoral, al poner Teódulo los ojos en la prensa de la mañana.

Teódulo delectaba apenas, pero, entreleyendo, descubrió pronto, con tanta sorpresa como alegría, que *El Diario* lo declaraba triunfador. Ahora bien: como contar con *El Diario* equivalía a disponer de la voz predominante entre la opinión pública impresa, Teódulo, ayudado del entusiasmo, delectó a fondo y puso en limpio esto más: que el gran periódico no sólo le otorgaba el triunfo, sino que substanciaba éste con datos numéricos irrefutables y con descripciones convincentes, prolijas. ¿Cómo y por qué *El Diario* sabía más que él mismo acerca del curso de las elecciones? A Teódulo no se le ocurrió imaginarlo siquiera, no obstante que varios de los juicios del articulista lo conmovieron hasta el borde de las lágrimas. Por ejemplo: él, con generosa modestia, pensaba atribuirse cinco mil votos y conceder dos mil a la candidatura de Axkaná. Pero, según el periódico, el recuento de los sufragios arrojaba otras cifras: Teódulo Herrera, siete mil votos; Axkaná González, quinientos. “En todo caso —reflexionaba el candidato obrerista—, *El Diario* es un periódico de primer orden: no acoge más que informaciones fidedignas, exactas...” Y dueño así de su condición de diputado presunto, amoldó sus guarismos a los que le regalaban y se dispuso a visitar al gerente del periódico amigo, pues había entrevistado al fin —aunque sin poner por ello en duda la validez de su elección —que *El Diario* se movía no por simple amor a la verdad democrática.

ca, sino, acaso más, por sentimientos hostiles hacia Axkaná González, de lo que podía él sacar mayor partido.

¿Conocer Teódulo al gerente de *El Diario*? Ni de vista. Lo había oído nombrar, eso sí, aunque no estaba seguro de si el nombre era Parfucile o Esparfuchile. Con todo, su visita se realizó dos horas después de concebida y obtuvo resultados de lo más halagüeño. Es verdad que en un principio, al envolverle el olor de la tinta fresca y el estrépito exultante de las rotativas, se sintió acometido de múltiples inquietudes e indecisiones. Para él, que no distinguía bien cuándo ciertas letras estaban de pie y cuándo de cabeza, aquella atmósfera producía vértigo. Pero a las pocas palabras de Esparfuchile (o Parfucile) se recobró.

Tratándolo muy de arriba abajo, con tono afectuosamente protector, el gerente de *El Diario* le decía:

—Usted, amigo Herrera, aquí lo sabemos bien, no ha ganado las elecciones ni cosa que lo valga. Pero *El Diario*, por razones mías, quiere darle a usted la victoria y se la dará. En septiembre, se lo garantizo, lo veremos arrellanarse en su escaño de la Cámara.

Esparfuchile hablaba con petulancia y desparpajo. Tenía el cuerpo enjuto y el color bilioso, la nariz hebreaica, los ojos como de lechuzca, la frente chata y la calva pálida y vergonzante. Los labios, tenues, exangües, casi sin vida, se le plegaban uno encima del otro cual si algo les sobrara, o como si, detrás de ellos, los dientes, corroídos de tanto roer al prójimo, no ocuparan ya su sitio original.

Teódulo creyó oportuno darse a conocer con una arenga:

—En nombre del pueblo soberano, mi señor Esparfuchile...

Pero el gerente le marcó el alto:

—No, señor; deje usted quieto al pueblo y vamos al asunto. No se trata de los ideales democráticos, sino de los intereses míos y de los de usted... Los míos, fíjese y no se equivoque, los pongo por delante.

Y a continuación de esto, los labios de Esparfuchile vertieron sin tregua —muy precisa, muy exacta del lado de la inmoralidad— una retahíla de palabras cínicas, y aptas, por su genuina desverguenza, a degradarlo y empocarlo todo. El habla del gerente de *El Diario* tenía, en efecto, las virtudes más excelsas; rebajaba hasta el suelo las instituciones más nobles.

En la media hora que duró la entrevista, Teódulo, propiamente, se limitó a escuchar. Aquella elocuencia lo cautivaba, lo adormía con embeleso; de modo

que Esparfuchile hizo para ambos el análisis de la situación pasada y presente, trazó las líneas de conducta futura, y lo abordó todo tan bien, con tal claridad, con tal audacia, con tales arranques generosos, que en el candidato obrerista no cupieron la admiración ni el reconocimiento.

De nuevo en la calle, y libre ya del sortilegio de Esparfuchile, agigantado por el estridor de las prensas y el perfume de la tinta, una sensación única embargaba a Teódulo Herrera, candidato del pueblo: lo invadía el gozo de haberse sometido, cuando más falta le hacía, a un amo fuerte, a un patrón que supiera mandarlo y protegerlo.

\*\*\*

Siete días después de las elecciones, el Chato Menéndez, muñidor electoral de Axkaná, se dedicaba aún a la tarea de fabricar expedientes falsos. Llevaba ya inventados centenares de nombres de personas y simuladas otras tantas firmas; había anotado multitud de padrones, cruzado millares de boletas, y ahora se ocupaba en llenar con imaginarios sucesos de mucho sabor democrático, actas tan notables por la prosa como por la variedad de los tipos de letra y los colores de las tintas.

Pero una de esas tardes, a punto ya de concluir, se le presentó Gregorio Cañizo, que venía muy inquieto y no poco locuaz. Cañizo, auxiliar de Menéndez en negocios electorales, tenía a su cargo el papel de presidente de mesa en los comicios de Axkaná.

—Pasan cosas —informó a su jefe— que con trabajo se creerían. El licenciado Reyes Arenas nos reunió anteanoche en su casa a todos los presidentes de casilla; nos dijo que Teódulo Herrera había hablado con él para asegurarnos que nos pagaría hasta diez mil pesos si nos le volteábamos a don Axkaná; y añadió luego el licenciado que si nos gustaba el negocio, que él nos explicaría la manera de que fuese Teódulo, y no don Axkaná, quien saliera electo. Tuviémos en seguida una deliberación muy larga. En ella, el primero en opinar fue el propio licenciado, que por ser presidente de la primera mesa se toma autoridad sobre todos nosotros. Algunos objetamos algo; se discutió; y por último vino a resolverse que la oferta de Teódulo era buena y debía aceptarse, con dos condiciones: que el dinero se depositara en un banco, y que sobre el pago y todo lo demás se nos dieran garantías. Ayer nos volvimos a juntar para dejar cerrado el arreglo. Teódulo, presente esta vez, nos pidió que designáramos una persona de nuestra absoluta confianza; dijo que él nombraría otra, y propuso que las dos, fingiendo que apostaban, fueran a depositar los diez mil pesos en un banco, con órdenes de que después el dinero se entregara al representante nuestro si la junta computadora del Quinto Distrito expedía credencial de diputado para Teódulo Herrera, o bien al representante de Teódulo si la credencial favorecía a persona distinta. Así se convino y se puso en obra. Hoy se hizo

el depósito en el banco de Lacaud, y nosotros, al ver el documento, nos comprometimos, como los hombres a guardar reserva y darle el golpe a don Axkaná el día de la computadora.

Las revelaciones de Cañizo, a partir, sobre todo, de las palabras “diez mil pesos”, habían dejado al Chato Menéndez poco menos que sin hálito. Su ayudante continuaba:

—Yo, la verdad, no estoy conforme con estas cosas, perjudiciales a nuestro crédito futuro. Así lo sostuve en la primera junta, oponiéndome a Reyes Arenas hasta donde mis fuerzas alcanzaron; pero como vi que se me tomaba a mal, simulé después entrar con gusto en el enjuague, a fin de no inspirar desconfianza y poder seguirles los pasos al asunto. Ahora que lo sé completo, se lo cuento a usted, a reserva de hablar yo mismo con don Axkaná y aconsejarle que se prevenga, si halla modo.

Aunque electorero y covachuelista, Cañizo carecía de pujos morales. Practicaba, como mínimo, la ética interior de su oficio. Sin embargo, esta vez sus muestras de probidad debían de ser mayúsculas, pues el Chato Menéndez, que conocía a cada uno de sus secuaces como a sus propias manos, calló de asombro al verse en presencia de tanta honradez. Más aún: repuesto de la sorpresa, vaciló un rato antes de resolver si debía admirar en voz alta a Cañizo, elogiando su virtud, o si había de echarle en cara lo tardío de sus procedimientos. Porque poco a poco fue notando que nada le molestaba tanto de aquel complot como la circunstancia de no haberlo descubierto él, ni ser él, en consecuencia, el acreedor al premio. “Los diez mil pesos de Teódulo —pensaba—, bien me hubiera valido por parte de Axkaná un regalo de dos mil.”

\*\*\*

Cuando Axkaná tuvo noticia de la trama que se proponía urdirle no se asustó ni se indignó: ya era veterano de ocho días en las verdaderas lides de la democracia vigente entonces en México. Seguro de restituir los sucesos al buen curso, se limitó a recompensar a Cañizo y a recomendarle que persistiera en su papel de cómplice. Sólo un punto le intrigaba: el origen de los diez mil pesos. ¿De dónde había sacado Teódulo suma tan cuantiosa? No, sin duda, del Partido Obrero, pues no era Teódulo figura de las de mayor relieve. Había que suponer la existencia de algún poderoso personaje empeñado, más que en el triunfo de Teódulo, en la derrota de Axkaná —algún poderoso capaz de ayudar hasta con dinero—. Y, conjetura tras conjetura, y partiendo de la grande enemiga que siempre le había demostrado *El Diario*, Axkaná dedujo que el protector de su rival no podía ser otro que Esparfuchile.

—Esto —cavilaba— ennegrece un tanto el horizonte, pues tendremos en contra la formidable fuente de publicidad, mejor dicho, de escándalo, que es el primer periódico de la República.

### III

#### RECURSOS DE LA DEMOCRACIA

Dos días anduvo Axkaná ideando artimañas con que defenderse de las maquinaciones de sus enemigos, y a la postre creyó oportuno reunir en junta a su estado mayor electoral. Formaban éste el Chato Menéndez, don Casimiro, el estudiante veracruzano y otro personaje que había venido a sumarse a últimas fechas: el general Guillermo Gándara, revolucionario valeroso a quien la Secretaría de Guerra regateaba títulos y grados.

Axkaná le hizo ver cómo era indispensable llevar a efecto el secuestro de los diez presidentes de casilla la noche anterior a la mañana de la junta computadora; pero enumeró y trazó al mismo tiempo, sin callar detalle, las dificultades e inconvenientes que semejante recurso suponía.

—La simple captura y encierro de diez hombres —observó entre otras cosas— es para poner a prueba a los mejores técnicos del oficio. Desde luego, hay que proceder, a fin de no vernos envueltos en investigaciones futuras, con el concurso de algunas autoridades, con cierta intervención gubernativa que comunique a los hechos, desde el origen, apariencias legales y plausibles. Todavía así queda un punto difícil: el del expediente electoral, ya que cambiando por otros a los presidentes de mesa, se impone rehacer la mayor parte de los documentos

Los cuatro colaboradores de Axkaná no participaron de las dudas de su jefe; estimaron fácil el plan, fácil y hacedero. Visto lo cual, bastó breve cambio de impresiones, para que todos acometieran los preliminares de la contraofensiva.

\*\*\*

El estudiante se apresuró a poner a Axkaná en relaciones con el comisario de policía de la Primera Demarcación, labor no muy ardua por cierto. Coronel de otras épocas, el comisario alimentaba entonces, colmo de sus esperanzas, la de cambiar de funciones: quería convertir su cargo policial en otro de dignidad más jugosa —recaudador de rentas, por ejemplo, o, de ser posible, administrador de aduana—. Naturalmente, andaba a caza de valedores. Una simple insinuación del estudiante resultó, pues, instancia de sobra para que compareciera, hecho de todo mieles, en el club de la calle de Guerrero.



—En lo que de mí dependa, señor licenciado —dijo a Axkaná—, con muchísimo gusto. Yo y mi Comisaría estamos a sus órdenes. Usted me manda.

Era hombre franco, de mirada limpia, de mano a cuya presión, acaso por la frescura de los dedos, largos y ásperos, la simpatía brotaba instantánea. Algo suyo invitaba a hablarle claro y sin temores. Axkaná le explicó someramente la naturaleza de sus aprietos; y él, así que lo hubo oído, reiteró sus ofertas de antes y opinó que el plan de contraataque, factible sin ningún género de dudas, era, en el fondo, no sólo comprensible, sino legítimo. La parte que a él le tocaría desempeñar no le mereció objeciones.

—Perfectamente —comentaba, y volvía a comentar, según se definían los puntos— y lo repitió luego, al despedirse—, perfectamente, así lo haremos. Usted tan sólo me entrega a los diez traidores, uno por uno, a la puerta de mi comisaría, y yo se los guardo allí veinticuatro horas por ebrios y escandalosos.

Detalle de entidad fue, entre los preparativos, el del vehículo donde se llevaría a los presidentes hasta el lugar de su encierro transitorio. El general Gándara propuso su automóvil; se le aceptó. Y visto que no era él automovilista de marca, ni convenía tampoco que en la hora de los sucesos un simple chofer tomara a su cargo papel tan importante, se aprobó asimismo otra oferta suya: que se echase en busca de cierto individuo, muy de fiar, según él, por la discreción y la destreza, e inmejorable para el caso. Se trataba de un antiguo ayudante suyo que de conductor de máquinas de bomberos había subido hasta capitán revolucionario y que ahora ostentaba grado de coronel.

—No le conozco —prometía Gándara— cuate en habilidad. Nadie le supera corriendo automóviles por plazas y calles. Ya lo verán.

Y con alguno que otro pormenor más, pronto quedaron listas las armas para la nueva etapa de la lucha. En cuanto a don Casimiro, no tuvo que afanarse gran cosa: eligió y aleccionó, para que le sirvieran de ayudantes inmediatos, a los miembros más antiguos de su banda —eran también los más fieles y seguros— y dio cita a los otros en el lugar y hora convenientes.

Dos días antes del señalado para la reunión de la computadora, Axkaná recibió un anónimo. Le decían que la gente de Herrera pensaba poner petardos de dinamita en el Cine San Hipólito (sitio donde la junta habría de efectuarse) y que había el propósito de hacer estallar los artificios cuando la computadora estuviese en funciones. Axkaná no hizo el menor aprecio. Pero un día después, o sea, en vísperas de la junta, otro aviso más amplio confirmó las advertencias del primero. Según el nuevo anónimo, las bombas —ya no se hablaba de petardos— harían explosión mediante una batería eléctrica y precisamente en el instante en que Axkaná entrara en el recinto del cinematógrafo. Aquella amenaza la corroboró uno de los presidentes confabulados, el cual, asegurando ha-

ber recibido otro anónimo semejante, y simulando pavor, rehusaba asistir a la junta si el candidato no hacía promesa solemne de quedarse fuera del cine. Axkaná confirmó con esto lo que ya maliciaba: que se pretendía alejarlo del local de la computadora para que la conspiración se lograra sin tropiezos. Procedió en consecuencia: se fingió alarmadísimo a su vez y aseguró, en todos los tonos, que permanecería en el club mientras sus partidarios y amigos, con riesgo de la vida, iban al Cine San Hipólito a otorgarle el triunfo.

Propiamente, el ardid de la dinamita vino a facilitar las cosas más que a complicarlas. Porque, reputándolo amenaza cierta, se consideró práctico y juicioso ocupar el cine desde la una de la madrugada, a fin de encastillarse allí en espera de la hora oficial de la reunión; y así decidido, Axkaná ordenó que todos los presidentes de casilla desleales, más el resto de la hueste electoral, estuviesen listos en el club desde la doce de la noche, y mandó también que se hiciera guardia en los alrededores del cinematógrafo a partir del crepúsculo. En otros términos: que lo que hubiera tenido que acometerse como acción dispersa, empezó a realizarse con las ventajas de los métodos concentrados.

A la una de la mañana el Club Radical Progresista de la calle de Guerrero rebosaba de gente y espíritu democrático. Llenaban el patio de los hombres de don Casimiro; había a la puerta cuatro o cinco automóviles, entre ellos el del general. Dentro, individuos en grupos y mezclados con la plana mayor de las tropas de la candidatura, los diez presidentes de casilla departían tranquilos en las diversas oficinas. Varios de ellos, gozosos al ver lo bien que se anunciaba la consumación de su infidencia, se entregaban al deleite de comer y beber lo que Axkaná había dispuesto allí para pábulo de los ánimos electorales. Entre los diez, el más peligroso era el licenciado Reyes Arenas, picapleitos audaz, borracho, chantagista y cínico. Por eso Axkaná tenía pensado inaugurar con él la maniobra del encierro.

Cuando sonó la hora convenida, Reyes Arenas se sentía aún en el ápice de la gloria dando al viento el historial de sus hazañas judiciales. Contaba que una vez había ocupado hasta dos años, sin pagar renta, la casa en que vivía, y que, aun así, el dueño hubo de abonarle el importe de los alquileres de otro año para conseguir de él que se fuese.

—¡Magnífico, ya lo creo! Sobre todo con lo que sucedió después...

Pero en este punto de la narración, Axkaná lo llamó aparte para decirle:

—Voy a pedirle, señor licenciado, un pequeño servicio. Quiero que acompañe al doctor —y señalo Axkaná al estudiante de Medicina—, que va ahora a su casa a traer los papeles que allá tenemos ocultos. Lo molesto a usted porque se trata de algo verdaderamente serio, de una comisión digna sólo de mis mejores amigos.

Reyes Arenas asintió obsequioso. Le encantaba conservar, a tales alturas, la confianza del candidato.

—Cuando guste, doctorcito —dijo, dirigiéndose al estudiante—. Estoy a sus órdenes.

Axkaná, para mayor lujo en los detalles, los acompañó al zagúan. Ya en la acera, los invitó a subir al automóvil de Gándara, y luego se esmeró en la cortesía, cerrando la portezuela con su propia mano. Pero, a punto de partir el coche, hizo como si una duda le asaltara de súbito y pidió que aguardasen un momento.

—Me parece mejor —dijo— que no se aventuren solos por aquellos rumbos. Esperen a que se les reúna don Casimiro. Ahora lo mando.

—Y entró en la casa.

Minutos después salió don Casimiro, se acercó al auto, subió y, sin decir palabra, se instaló de modo que entre él y el estudiante quedara Reyes Arenas.

—¿Sabes mi casa? —preguntó el joven veracruzano a chofer, es decir, al antiguo conductor de máquinas de bomberos.

—Sí, señor.

Era la respuesta convenida.

—Pues dale firme.

El auto arrancó con la suavidad propia —ágil y muelle— de las ruedas de un coche a cuyo volante están manos maestras. Luego, en el recorrido de las primeras calles, su marcha se mantuvo dentro de los límites moderados. Pero conforme fue avanzando hacia la Primera Demarcación, la velocidad creció de tal suerte, que al quedar atrás las calles del Sol y de la Luna, Reyes Arenas empezó a desasosegarse. Preguntó inquieto:

—¿No les parece que vamos demasiado aprisa?

—Quizá —contestó el estudiante de Medicina—. De cualquier modo, no importa: este chofer es estupendo. ¡Fijese, licenciado, fijese! ¡Cómo va virando ahora! ¡Qué elegancia de línea!

Y de allí, entre golpes y tumbos, el veracruzano pasó a explicarle por qué y como en Veracruz, sobre la arena de la playa, los autos describían de preferencia, al volcar, curvas parabólicas. Pero Reyes Arenas no escuchaba ni veía: lo embargaba el miedo, era uno con la evidente seguridad de que iban a estrellarse contra algo.

Así corrieron por calles y calles, a través de muchas plazas, bordeando inúmeros jardines. La fuga de los edificios entre las perspectivas nocturnas y desiertas era mareante. A Reyes Arenas se le figuraba que todos los sitios por donde pasaban los había pasado ya. Y si bien es cierto que cuando distinguió a lo lejos la luz de la Primera Comisaría lo dominaba el impulso a pedir socorro, empezó entonces a tranquilizarse al ver cómo la velocidad se moderaba un tanto. “Sí, iban a bajar allí.” Pero a punto de afirmársele aquel alivio, le ocurrió algo que se le trocó en terror, algo apenas creíble, aunque de evidencia inmediata. Reyes Arenas sintió que don Casimiro le apoyaba en la barriga la punta de un puñal, que se la apoyaba de veras, con ánimo de dejar ir la hoja hasta las cachas, y oyó que su asesino le decía en voz muy queda:

—Si grita usted o se mueve, lo clavo, valedor.

En las funciones propias de su menester, don Casimiro usaba ademanes y gestos de un vigor convincente incuestionable. Reyes Arenas columbró, desvaídos, los faroles de los serenos bajo el rosario de las grandes lámparas del alumbrado público, los columbró cual si fueran vestigios de otros mundos, cual si estuvieran a mayor distancia que las más lejanas de todas las estrellas. Quieto, desfalleciente, casi sin voz, se rindió con el susurro de estas palabras:

—Pero ¿qué van a hacer de mí? Tengo hijos...

Paró el auto a diez metros de la Comisaría. Bajó el estudiante; silbó débilmente; hizo una seña. Dos gendarmes se desprendieron entonces desde ambos lados de la puerta del edificio y, juntos, se acercaron al coche. Luego, tras breve cambio de palabras con el estudiante —diálogo misterioso, a media voz—, uno de los guardias conminó a Reyes Arenas:

—;Baje usted de ahí, ebrio escandaloso!

¿Escandaloso? Muerto de miedo, Reyes Arenas casi no respiraba. Entre los dos gendarmes lo cogieron y se lo llevaron poco menos que a rastras.

\*\*\*

Pasados trece minutos, estaban de nuevo frente al club de guerrero el automóvil, el estudiante y don Casimiro. Axkaná atrajo hacia el zagúan a otros dos presidentes de casilla —los que consideró más levantiscos entre los restantes— y repitió con ellos, en términos parecidos, la maniobra: les suplicó que fueran en compañía del general Gándara a buscar a Reyes Arenas y al estudiante, que tardaban demasiado en volver. Gándara los tomó por su cuenta en el acto, y entre sus manos fueron presa fácil. A poco de subirlos cortésmente al coche, ya estaban los dos, gracias al infalible procedimiento de las grandes velocidades, inermes bajo la pistola del general y el cuchillo de don Casimiro, de don-

de, uno tras otro, pasaron sin esfuerzo, minutos después, a la jurisdicción de los gendarmes de la Primera Comisaría.

En esa forma, sin el menor accidente o incidente, sin el más leve indicio de que alguien se hubiera percatado de lo que estaba perpetrándose, se llevó hasta el fin el secuestro de los nueve presidentes desleales. El Chato Menéndez y Gregorio Cañizo, vista la perfección con que se había procedido en cada una de aquellas operaciones, no pudieron menos de acercarse a su jefe para felicitarlo:

—¡Qué trabajo tan limpio, Don Axkaná! —exclamaba el uno.

Y el otro:

—¡Hermoso principio! ¡Si lo sabré yo! Y ahora, que digan que pertenece usted a la hornada de los noveles.

El candidato aprovechó la coyuntura para notificar a Cañizo que también él debía darse preso, lo que llenó de asombro al presidente leal. Él ¿por qué? Además, la perspectiva de encontrarse solo con los mismos a quienes había delatado le anunciaba su prisión como algo totalmente sin objeto. Pero Axkaná lo persuadió: le hizo ver que tan sólo se trataba de ahorrarle posibles represalias y venganzas, pues las padecería de seguro si lo identificaban como el delator de la trama de Herrera. En suma, que Cañizo se puso dócil, y con él se practicó también, simulándola, la faena de llevarlo a los calabozos de la Primera Comisaría.

De regreso de este último viaje, don Casimiro auscultaba su cuerpo y su espíritu al sentir dentro de sí las palpitations de poderes nuevos. Reclinado en el asiento del automóvil, se estremecía, divagaba. ¿Cómo no recrearse con el hecho paradójico, apenas concebible, de que él, jefe de rateros de la Colonia de la Bolsa, llevara hombres detenidos a la comisaría de su demarcación, y que en la propia puerta, los gendarmes, enemigos suyos desde siempre, lo aguardaran para ayudarlo a sujetar a los presos que él les traía?

Desde ese momento —abluciones de la democracia— don Casimiro entrevió, lo entrevió sincero y humilde, que era en la política donde lo esperaba su destino.

## UNA JUNTA COMPUTADORA

Próxima la alborada, Axkaná y su gente se dirigieron al lugar señalado para la junta computadora. El pequeño ejército político se había partido en pelotones, bien distintos los unos de los otros mientras los iluminó la luz artificial del patio del club. Ahora desfilaban a lo largo de la calle, pardos y movibles en el azuloso misterio de la penumbra. Su serpear, incierto contra la semiclaridad de los muros, bosquejaba incipiente organización guerrera al paso que iba saludándolos el cantar de los gallos, humedecido de rocío e impregnado de lejanos presentimientos de sol.

De los secuaces de Axkaná, sólo unos cuantos notaban la extraña ausencia de los diez presidentes de las casillas. Los otros —aparte la minoría enterada del secuestro y sus razones—, o no lo echaban de ver o no le concedían importancia. El frío, agudo, sutil, parecía preocuparles más que todo el resto: los encorbaba tiritantes, les duplicaba el cansancio de la noche en vela, les hacía surgir el embozo del sarape —si lo tenían— hasta los ojos.

El paso de la tropa democrática bajo las grandes lámparas del alumbrado callejero cobraba visos incomprensibles. Nada anunciada en ella la posibilidad de actos cívicos; todo, la realización inminente de las empresas más torvas. La mayoría de quienes la formaban iban armados de garrotes; otros llevaban pistola; los restantes —esto se adivinaba con sólo verlos— navajas, o puntas. La fracción de don Casimiro evocaba traslados de colonias penales a las Islas Mariás o levas de delicuentes natos para un ejército de infamia. Al sentirla pasar, los serenos salían de su somnolencia y los consideraban aprensivamente; pero luego, columbrado a lo lejos el grupo de Axkaná, de Gándara, del estudiante, del Chato Menéndez y otros, comprendían. Entonces, arrebuajados de nuevo en su capote, se volvían a dormir.

Fue el sereno apostado en el jardín de San Fernando el que más se alarmó. Allí el Chato y varios de sus covachuelistas se detuvieron en torno de la mesa de un gelatinero, imitados a poco por los vecinos de la Colonia de la Bolsa. Pero mientras aquéllos pagaban lo que cogían, éstos, sin más, pretendieron convertir en riqueza propia los vasos donde brillaba, a los rayos del farol, la substancia luminosa —de visos orientales o transparentes—, como de perla, como de topacio, como de esmeralda, como de rubí, y eso puso en pugna a los clientes y al vendedor, hasta que don Casimiro, acercándose, metió en orden a su grupo y dio tiempo a que el gelatinero levantara su mesa multicolora y huyese. El gendarme nocturno oía, encandilado, las frases con que el jefe de los rateros exhortaba a sus alumnos:

—¡Cuidado, hijos! ¡Cuidado! ¿De dónde sacan que también hoy es día de manos libres?

Los enviados a montar guardia frente al Cine San Hipólito rindieron su parte sin novedad. El vigilante abrió las puertas y encendió las luces. Entraron todos; se posesionaron militarmente del edificio. Atentos a distribuir piquetes, centinelas, escuchas y a tomar otros dispositivos para la defensa y el ataque, el general Gándara y don Casimiro dictaron órdenes y contraórdenes.

El Chato Menéndez, entretanto, se dedicaba a improvisar, con la mesa y sillas que ahí estaban, una especie de estrado que ocupó el sitio de la orquesta. Sobre la mesa puso luego varios bultos de papeles; los abrió; sacó la pluma del bolsillo, y se entregó de lleno a la tarea de escribir y compulsar documentos, ajeno al resto de la hueste democrática. El grueso de ésta, que por de pronto no tenía nada que hacer, se acomodó, como mejor pudo, en el patio de butacas y quedó en espera de que los trabajos de la junta empezasen. Varias horas habría de aguardar así.

Vino la aurora: fue entrando la luz.

A las siete de la mañana el Chato Menéndez llamó, uno por uno, a nueve de sus auxiliares de mayor relieve. Les comunicó, en voz baja, que ellos aparecerían ahora en el expediente electoral como los verdaderos presidentes de las casillas, ya no los compañeros escogidos al principio. A renglón seguido hizo que se sentaran en torno de la mesa; los constituyó en junta, distribuyó los cargos; invitó al general Gándara a presidir, y, colocándose junto a éste, se puso a redactar el acta.

Los papeles de que el Chato iba a servirse en la Computadora no eran, en realidad, sino una simulación del expediente, falso a su vez, que se guardaba en casa de Axkaná. Auténticos —auténticos dentro de la falsificación— sólo tenía allí los documentos que hubo de traer para que en ellos se estamparan las firmas. Y aun éstos, una vez cumplido el requisito que faltaba, los recogió en el acto y los remitió, protegidos por fuerte escolta, a sitio seguro. Igual camino siguieron poco después, la supuesta acta de la junta y la credencial de Axkaná, debidamente firmadas y requisitadas por los funcionarios electorales presentes.

De hecho, a las ocho de la mañana todo había concluido, si bien, en apariencia, las labores de la junta, que debía reunirse a las nueve, aún no empezaban.

\*\*\*

Media hora después comenzaron a sonar voces fuera del teatro. Eran Teódulo y su gente, que venían con ánimo victorioso —seguros de recoger el

fruto de su plan— y que protestaban al ver cerradas las puertas, no obstante los ruidos que se oían dentro. Creció el alboroto en el transcurso de los minutos siguientes, y, ya cercanas las nueve, la algazara frisó con el escándalo. Entonces los vigías y escuchas de don Casimiro informaron que frente a la puerta se aglomeraba enorme multitud, lo más de ella en actitud de reto y con intenciones agresivas, por lo que se reforzaron las trancas, se doblaron las guardias y se acudió a otras providencias en los puntos más débiles, o que así se suponían.

A las nueve exactas, mientras la algarabía arreciaba en la calle, el general Gándara se puso de pie y dijo, firme y sonriente:

—Se inauguran las labores de la Junta Computadora del 5º Distrito.

A la vez retumbaba el ámbito del cine por los golpes que recibía la puerta.

La voz de Gándara era solemne, ya que no su ademán. Pero para insistir, sin duda, en que la solemnidad sola contaba, antes de volver a sentarse depositó sobre la mesa, entre el tintero y la pluma, su pistola, de calibre 45. Con todo, los porrazos sonaban en la puerta tan solemnes como la voz de él. También eran, en su género, de calibre 45.

Seguía diciendo el general Gándara:

—Conforme a la ley, señores, lo primero que compete a los presidentes de casilla es acreditarse como tales y proceder en seguida a la entrega de los expedientes respectivos.

Vino entonces un simulacro abreviado de todo eso: funcionó en caricatura la ley electoral. Fru-fru de papeles. Bisbiseo de frases ininteligibles.

Afuera los paniaguados de Teódulo sincronizaban el estruendo de los garrotes con sus gritos de reto:

—¡Viva Teódulo Herrera!

—¡¡Viva!!

—¡Muera Axkaná González!

—¡¡Muera!!

Y las visagras de la puerta amenazaban saltar bajo la furia democrática.

Los de dentro, sin embargo, seguían impávidos. La voz de Gándara anunció tranquila:



—Se procede a la instalación de la junta.

Aquí la hueste política, dispersa en las butacas, aplaudió, se unificó en un impulso:

—¡Viva Axkaná González!

—¡¡Viva!!

A lo cual, oyéndolo, los de afuera contestaron con su elocuencia peculiar. Era como si el clamor de la Computadora invisible los arrebatara.

Escuchas y vigías se acercaron a don Casimiro: se notaban del otro lado de la puerta —le dijeron— preparativos de asalto. Don Casimiro dio órdenes. Su gente improvisó extrañas máquinas para trepar por las paredes y cerrar la desembocadura del pasillo hacia la sala. Sentíase venir, de un momento a otro, la irrupción enemiga.

La junta, mientras tanto, no interrumpía sus tareas. Al revés: avanzaba a brincos gigantescos. Con diapasón tan sereno como antes, dijo el general Gándara:

—Se procede ahora, de acuerdo con la ley, al recuento y cómputo de los sufragios.

Entonces, multitud de manos movieron y clasificaron cédulas sobre la mesa.

En el tejado del cine empezaron a producirse ruidos como de pasos: el crujido de las láminas de cinc se mezclaba con el vocerío de la calle y los retumbos de la puerta, sometida a golpes como de ariete, a golpes de veinte cuerpos lanzados a la vez. Otros veinte, por dentro, vinieron a contrarrestarlos.

Uno de los escrutadores de la junta leía:

Primera casilla: fórmula Axkaná González y Bernardo Pérez Arce, para diputados, y fórmula Juan de Dios Sentiés y Ernesto Machuca, para senadores, 690 votos; fórmula Teódulo Herrera y Cipriano Alcántara, y fórmula Severino Castrejón y Leobardo Gutiérrez, 43 votos...

Con el ruido de pasos bajaban del techo rumores y gritos:

—¡Abran la puerta, tales por cuales!

Eran rostros que vociferaban asomados a las claraboyas.

La gente de don Casimiro, a punto de escalar sus máquinas de contraataque, respondía:

—¡Entren si pueden, calzones rompidos!

Rechinaban los goznes de la puerta. Injurias y retos menudeaban de fuera a dentro y de dentro a fuera:

—¡Viva Axkaná González!

—¡Viva Teódulo Herrera!

Pero impasible en medio del estruendo, seguía la voz de los escrutadores:

—... tercera mesa... González, ...425... Teódulo Herrera... 93... votos.

—Abran ¡hijos de tal!

—... 369 votos... 22 votos...

Vinieron instantes en que por un resquicio del techo, entre lámina y lámina, se introdujo un brazo armado de revólver. Sonó un disparo; se percibió el toque de la bala contra la pared. Pero el general Gándara, sin perder segundo, cogió su pistola de sobre la mesa y a su vez disparó, mientras mandaba a todos permanecer quietos. Advirtió en seguida, sin interrumpir el fuego:

—No se asusten, muchachos, que hacia donde estamos no pueden tirar. Eso sí, dense prisa...

—... mesa número 6... fórmula...

La excitación del interior crecía al par que el vocerío tumultuario del exterior. Sonaban más tiros, ahora por el lado de la calle. Arriba, en la región próxima a los ventiladores, don Casimiro y otros de su banda repelían ataques de palabra y de hecho.

El recuento de los sufragios terminaba:

—... un total de 5,687 votos para las fórmulas... y un total de 749 votos... y de 422 y 68, respectivamente...

La voz del general Gándara:

—Se procede a levantar el acta, así como... credenciales... candidatos triunfantes...

En la calle, la muchedumbre teodulista rugía de rabia e impotencia. De lo alto ya no venían disparos aislados; empezaban a llover descargas nutridas. Algunas de las balas, que lograban entrar, rebotaban contra las columnas o sacaban polvo de las últimas filas de asientos. También el general Gándara y el

estudiante veracruzano hacían fuego para tener a raya a los enemigos más audaces.

Se oyó que la puerta crujía con estrépito; luego pareció ceder. Se sentía el jadear, el dar y recibir golpes entre los que luchaban en el pasillo. Arriba se multiplicaban los disparos; por las claraboyas se enardecía el clamor de los vivos y los muertas.

*Pero cuando la multitud enemiga estuvo a punto de invadir el centro mismo del local, el general Gándara, poniéndose en pie, declaró con énfasis, pistola en mano, y tan solemne como al principio de la reunión:*

—¡La Junta Computadora ha terminado sus labores! ¡Remítase el expediente a su destino!

Eran las nueve y treinta y dos minutos.

Lo que siguió allí fue confusión espantosa; estruendo de combates cuerpo a cuerpo.

Axkaná, inactivo desde que sus partidarios se constituyeron en junta, reasumió el mando. No trataba sino de abrirse paso, paso para sí y para todos los suyos, sacando partido de la propia táctica de Teódulo. Éste, al parecer, ponía su ahínco en encontrar a los presidentes de casilla con quienes había tramado la conspiración, y al no dar con ellos en ninguna parte, el despecho le hacía perder la cabeza. Llegó hasta el estrado, se abalanzó a la mesa, seguro de tomar allí todo a sangre y fuego: nadie la defendió. Menéndez y su grupo solo fingían querer escapar con los papeles, lo cual indujo a los teodulistas a no pensar en otra cosa que quitarles cuanto llevaban. Unos y otros bregaron por el supuesto expediente; lo destrozaron; desparramaron su contenido; lo rompieron, lo pisotearon. Y mientras eso sucedía en el corazón mismo de la refriega, Gándara y Axkaná por un lado, y don Casimiro y el estudiante por el otro, forzaban la retirada de todas sus fuerzas a través de la retaguardia teodulista, lo cual consiguieron, aunque algo maltrechos: heridos unos, golpeados otros, magullados los más.

Ya en la calle, pasaron por entre una multitud de curiosos que se agolpaban para verlos; más allá desfilaron a la vista de la policía, que observaba a distancia la puerta del cine, resuelta a no influir con su fuerza bruta en la contienda, sólo ideológica, de los actos democráticos.

Y así terminó aquella justa electoral.

Minutos después se efectuó en el Club Radical Progresista de la calle de Guerrero la última reconcentración de los partidarios de Axkaná, esta vez para

distribuir las recompensas. Todos, subordinados y amigos, se mostraban felices —sentimiento sincero y unánime— de que el jefe los hubiera sacado vencedores. Se derramó el entusiasmo, hubo palmas y vítores, pues Axkaná, desde aquella hora, debía considerarse diputado presunto, y, en efecto, lo era. Su credencial no podría considerarse de menor valer, ni menos limpia, que las que trajeran los otros 259 diputados del futuro Congreso. Así lo aseguraban y garantizaban el Chato Menéndez, don Casimiro, Gándara y el estudiante veracruzano.



## La sombra del caudillo\*

por

Martín Luis Guzmán

prólogo para la versión cinematográfica

“Como la inmensa mayoría de los mexicanos, los más de ustedes, personas entregadas de lleno a la inteligencia y realización del arte de la cinematografía, no son historiadores ni teorizantes de la política. Sin embargo, el interés con que han escuchado la lectura de *La sombra del Caudillo* les habrá hecho percibir, o sentir, que esta novela recoge, en términos literarios, la tremenda lucha que la Revolución Mexicana hubo de librar dentro de sí misma cuando, triunfante ya, y convertidos en leyes sus propósitos y aspiraciones, se encontró sin un aparato político que heredase de ella la facultad creadora y el poder para llevar adelante la creación.

“Puntualizaré más: *La sombra del Caudillo* versa sobre la segunda etapa de esa lucha, pues la primera, ya liquidada entonces, había sido el choque entre los grandes jefes revolucionarios, quienes, sucesivamente, y cada uno resuelto a convertirse en el jefe supremo, habían venido eliminándose entre sí hasta que no quedó en pie más que uno solo. Al iniciarse la trama de *La sombra del Caudillo* había muerto ya, asesinado por la disputa revolucionaria interna, el gran personificador de las reivindicaciones sociales agrarias; había muerto, asesinado a consecuencia del primer intento caudillista, el gran personificador de las raíces legales de la Revolución y de las aspiraciones de ella a darse un régimen constitucional; había muerto; asesinado por los preparativos del caudillaje que estaba a punto de erigirse, el gran personificador del genio bélico revolucionario, el indiscutible ganador de todas las batallas que fueron decisivas para que la Revolución triunfase. No quedaba, pues, a esa hora, más que uno de los cuatro grandes jefes que habían celebrado la victoria en Agosto de 1914, y quedaba convencido y seguro, por su innegable supremacía solitaria, de que él era el caudillo, de que a él y sólo a él, incumbía decidir la suerte política del país y de la Revolución, y de que la salud de la Revolución y la del país se cifraban en que a él se sometiesen todos, para lo cual impondría su voluntad suprimiendo cualesquiera otras que osaran oponérsele.

“Así dispuesta la pugna política de esta etapa a que se refiere *La sombra del Caudillo*, los acontecimientos tenían que llegar a extremos de violencia tan crueles como implacables, porque violentos, implacables y crueles necesitaban ser casi todos los protagonistas requeridos por la tragedia.

\* Revista *Tiempo*, 27 de junio de 1960.

“Ocurría, en efecto, que la Revolución, para hacerse, había creado un ejército que por su origen se consideraba investido de la voluntad política nacional; y como dicho ejército había actuado así durante la fase guerrera de la Revolución y en todo lo que vino después, aunque esto último no fuese ya de índole militar, sino política, tres consecuencias fueron inevitables en el periodo inmediatamente posterior, que es el descrito por *La sombra del Caudillo*: una, que los generales siguieran sintiéndose árbitros absolutos de la política; otra, que cada uno interpretase conforme a su patriotismo los destinos públicos, o conforme a su posición, o a su pasión, o a sus intereses, y, otra, que al enfrentarse las distintas maneras de ver, todas echaran mano de lo que hasta entonces había valido como razón última e indiscutible: las armas en su acción más exterminadora.

“Explicado así, y no puede mirarse de otro modo, aquel estado de cosas no significó, contra lo que podían suponer mentes superficiales, ni un retroceso ni un estancamiento de la Revolución. Al revés. Midió el esfuerzo con que la Revolución, purgándose gracias a su propia sangre, e inmolando a muchos de sus mejores hombres, trataba de abrirse paso hacia lo que luego alcanzaría al convertir en instrumentos civiles y pacíficos los resortes militares que hasta ese momento habían sido expresión de la voluntad política revolucionaria.

“Circunstancias históricas muy difíciles de resumir en pocas palabras impidieron que, en vísperas de concluirse el primer periodo presidencial nacido de la Constitución de 1917, surgiera el partido político de la Revolución, y lo impidieron no obstante haber habido voces que aconsejaran y pregonaran eso como el camino único. Toda una campaña periodística, recogida hoy en mi libro *Otras páginas*, hice yo con ese objeto al iniciarse la contienda electoral de 1919. Pero el hecho es que por ausencia de un partido dentro del cual se liquidasen los idearios divergentes y el opuesto interés de las facciones revolucionarias, todo se convertía entonces en pugna de armas entre los varios sectores del ejército. De ahí las graves crisis políticas, anegadas en sangre, de 1920, 1924 y 1928. Hijas de la psicosis caudillista castrense, ninguna de ellas habría legado a producirse si, como sucedió a partir de 1934, la existencia de un partido asentado en cimientos históricamente profundos, como tenía que ser el partido de la Revolución Mexicana, hubiese dirimido en su seno la batalla de las ambiciones personalistas y hubiera dejado al margen al ejército revolucionario convirtiéndolo en lo que después ha sido: un ejército institucional.

“Por lo anterior verán ustedes que *La sombra del Caudillo*, sea cual fuere su valor literario, aunque consciente, eso sí, de que la verdad artística liquida la verdad histórica, respondió en su origen, y responde aún, en comunión estrecha con los impulsos del novelista, a muy atendibles intenciones didácticas. Nos previene contra lo que de nuevo ocurriría en México —pues climas iguales producen plantas iguales— si alguna vez el caudillismo volviera a señorearnos.

“Como autor de *La sombra del Caudillo* me satisfacen dos cosas: primera, que se estime digno de la pantalla un tema que, hasta hoy, nadie ha calificado de intrascendente; segunda, que los patrocinadores de la película, al proceder así, esperan dar rutas nuevas a la cinematografía mexicana.”

Nota: La película fue confiscada por el gobierno mexicano la víspera de su estreno en 1960. Los años han corrido y ahora se exhibe de forma clandestina en copias irregulares hechas en video. Éstas que aquí se leen, son las palabras iniciales de un discurso que comenta y procura disipar los nubarrones de la censura, pero nada valió y el filme aún aguarda su futura proyección de manera pública.